

La noche sucks

Blanca Riestra

La noche sucks

Alianza Editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Blanca Riestra, 2010
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-5167-5
Depósito legal: M. 21.382-2010
Composición: Grupo Anaya
Impreso en Ejca, S. A.
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Ay, la noche oscura
27	Háblame de la noche
41	El vertedero
55	Un bosque
75	Los pájaros
101	La sonámbula
113	Miss Navajo Nation
139	No se desea todo lo que agrada
157	Hay un antes y un después
167	Veo círculos
181	La batalla
191	Que sabría volver
207	Adiós
217	Nos ven, nos miran
231	La noche sucks
247	Epílogo

Vio un bosque de verdor negruzco,
sólo en el cielo brillaban las estrellas.

AY, LA NOCHE OSCURA

FUE A PARTIR DE WILLIAMS cuando la carretera empezó a enrojecer, aquel viernes, y luego cayó la noche como un sudario sobre el desierto de Arizona. Era tarde pero Benny Gonsales no se dejaba ganar rápidamente por el sueño. Cambió el dial, le dio un trago a la lata de Doctor Pepper que llevaba junto al cambio de marchas, encendió un Indian Spirit, aspiró una calada profunda, bajó las ventanillas y, cuando una ráfaga de aire fresco le golpeó en toda la cara, no pudo evitar sentirse feliz. En la radio un bolero muy lento hablaba de traiciones y de penas infinitas, y luego sonó algún gran éxito de José Feliciano.

«No sé qué tiene la pinche música —se dijo— pero es como si lo cambiase todo.»

Éste era su primer viaje como *truck driver* y aún el cansancio y la desidia no habían hecho mella en él. El tráiler, pensó rascándose el cogote con la mano

izquierda, era de una belleza serena, con grueso cuerpo blanco y los tubos que rodeaban la cabina. «Conducirlo es como cabalgar un animal prehistórico», pensó, y luego pensó en la gruesa grupa de Rosario cuando se inclinaba para recoger sus calzones del suelo.

Venía rumiando cosas vagas: por ejemplo, qué gran país era América, tan lleno de carreteras de seis carriles, tres a cada lado, tan lleno de chamba y de petróleo, qué grandes eran las montañas de este gran sur y qué extraño que todos se afanasen por tener lo que no tienen. A veces se decía que, en un país como aquél, nada le impedía desaparecer, salirse del camino, aparcar el monstruo en la cuneta y echarse campo a través, como los cimarrones, y, fíjense, de él ya no volvería a saberse nada. Sería como los esclavos huidos, como los mojados abandonados por los coyotes en tierra de nadie: como los fugitivos de la ley que iban quemándose lentamente bajo el sol y vagando en círculos hipnóticos fuera de los senderos trazados por los colonos y que, luego, tras días de errancia desesperada, recalaban junto a un pozo y construían allí su propio refugio de alimaña. Pero Benny seguía conduciendo y el sol iba bajando sobre la escupidera con su peso cálido y la radio daba las noticias y las melopeas religiosas y las noticias de Michael Astorga, fugitivo.

POR ENTONCES cerraban los *country stores* de la carretera interestatal y un indio hopi, sentado delante de su tienda de piedras naturales, se santiguaba y una camarera se peinaba el largo cabello rubio en la trastienda de una gasolinera en Winona, y los pájaros arremolinados dibujaban formas distintas sobre un cuerpo de mamífero descomponiéndose sobre un cerrillo en Painted desert.

También en un pequeño pueblo cerca de Ácoma, en la falda de la montaña, la noche caía de manera aún más dura, como una pelota de piedra sobre los riscos. Y una vieja sentada en la puerta de la casa muy pobre, prefabricada, con baños de plástico, helada en invierno y asfixiante en verano —cuando los elementos bailaban como matachines por la ladera—, calcetaba una manga muy larga viendo pasar las caravanas de autos atravesando en la distancia la tierra roja. Estaba un poco sorda y sus pensamientos eran muy ruidosos.

Por eso no oyó a Jewelleen, allá en el cuarto del fondo, mientras buscaba por todas partes la bolsa de deporte y metía dentro un par de mudas, un par de camisetas, una negra y dos de color encendido que enseñaban el nacimiento de su pecho y que guardaba para las ocasiones especiales.

Jewelleen dio una vuelta en torno a sí misma, la casa olía a humedad y a tierra. Sobre la mesa de la sala, el cenicero rebosante de colillas, las muñecas *katchinas* en la estantería de la tele y el manto de ceremo-

nias del abuelo colgado de dos alcayatas de una manera que a ella siempre se le había antojado muy triste. Empujó la puerta de atrás y presintió el ronroneo de la troca del padre, que llegaba desde Gallup, a última hora del día, como siempre, pero hizo caso omiso. Nadie la vería salir por el camino de la fuente hacia la interestatal, donde podría hacer autoestop.

No fue difícil abrirse camino por entre las retamas y los espinos, conocía cada palmo de aquella montaña de memoria, habría sido capaz de llegar a la carretera con los ojos cerrados, sin siquiera la ayuda de aquella luz rojiza y espiritual que le daba dolor de corazón. No sabía bien qué dirección tomar y no tenía muchos dólares, sólo un par de billetes de cien en el bolsillo del vaquero. ¿Cuánto aguantaría? Caminó largo tiempo mientras las urracas revoloteaban sobre los árboles y hubo un sonido de grillos resonando cada vez más potentes en la noche.

Hasta que llegó y vio pasar, cerca del *diner*, los coches a 60 millas por hora, quizá más, con los faros encendidos, y distinguió a un niño pequeño asomado a una Lincoln, dos chicas jóvenes en descapotable, una familia de chicanos que se había parado en el arcén de enfrente esperando a que el padre terminase de mear tras un arbusto. Luego de pronto la carretera quedó vacía y Jewelleen se sintió ansiosa de nuevo y decidió cruzar al otro lado y tomar el este, en dirección a la ciudad lejana de Albuquerque. Nunca había estado

en Burque pero llegaban de vez en cuando rumores a Ácoma sobre bares perdidos y películas incesantes y balaceras cerca de Los Lunas.

BENNY GONSALES ASOMABA el brazo izquierdo por la ventanilla como si la noche oscura pudiera arrastrarse con la mano. Y fue a la altura de Little Rock cuando vio el bulto en la cuneta. Era una chica dormitando sobre una bolsa, gordita y muy morena. Y vio el cartel iluminado por la farola del Seven eleven o del Wendy o quizás del Love's. Decía *goin' to Burque*.

Y entonces, como estaba bien de tiempo, decidió detenerse a tomar un bocado. Y Benny Gonsales aparcó el monstruo detrás de la estación de servicio. Y luego, con la hamburguesa entre las manos, vigilando todavía el perfil de la niña a través de la ventana del *diner*, pensó que podría invitarla a subir y acercarla adonde fuera. La miró de nuevo, era una cría, quizás estuviera todavía en el colegio, tenía trenzas de nativa americana y una camiseta negra de Aerosmith o de Guns and Roses.

Y entonces algo semejante al respeto se le subió a la cabeza, pensó que era el aire burbujeante de la noche. La camarera con un alambre en los dientes le rellenó la taza de café. Él se dijo que la llevaría adonde quisiera ir. Al fin y al cabo, los tráilers están hechos para escapar. Acarició en el bolsillo de su saco la pistola.

AY, LA NOCHE OSCURA que se derrumba y la libertad de los camiones y esa sensación de que todo nos está permitido. Y el olor a sudor y a maleza seca. Michael Astorga no era un mal tipo. Sólo era humano. ¿No son humanos ustedes? Astorga era un hombre y la noche iba cayendo como un risco.

La radio, cuando suena en medio de la noche, transforma las carreteras en barcos, y así el desierto era como una extensión de agua negra, inagotable. Sonaron los Eagles y luego Joan Baez y luego Britney Spears y luego el Rey con su voz de terciopelo. Y la voz del Rey era como la savia misma de la noche en Arizona y Benny empezó a tararear mientras pensaba que, quién sabe, quizás el mismo Elvis viviese en algún lugar perdido de aquel estado salvaje, harto de fama y de prebendas, y que quizá los observase, con un rifle sobre el hombro, como Dios observa a los

hombres y les permite que jueguen, que enfermen, que amen o que mueran... Pasaban los indicadores y las estaciones de servicio y Benny vio que la chica dormía, ajena a todo, junto a él.

LAS IMÁGENES de la tele no le habían hecho justicia, pensaba Michael Astorga, peinándose de perfil, delante del espejo del váter. En el fondo, era más atractivo en la vida real, menos grueso, se decía, rasurándose el bigote con cuidado en el baño de una gasolinera en Los Lunas. Se ha teñido el pelo de rubio y lleva una cachucha que anuncia *Lou's drive in*, pero el efecto es desigual: sigue pareciendo uno de tantos nuevomexicanos. Ni siquiera tiene un rostro violento, sólo un rostro un poco absurdo.

La amarga noche y el oscurecimiento del mundo. Michael había dejado las llaves del coche puestas y los faros encendidos. Se sentó en la cuneta de la interestatal, sin miedo, bien parapetado tras su gorra. Sacó de su bolsillo una biblia forrada de hule negro y esperó.

Benny Gonsales había aparcado en la parte de atrás del Motel Blue. La luna sobre Albuquerque brillaba deslumbrante. A lo lejos se oía el sonido de una guitarra española.

Y Michael salió al descampado, detrás de la gasolinera, y miró de nuevo el cielo de Nuevo México y se dijo «qué demonios, en vez de escapar, voy a conducir de nuevo hasta el centro de Albuquerque donde

todavía me queda un amigo». Conduciría hasta allí en su coche robado, con la matrícula de repuesto; no lo haría por su mujer ni por su hijo, no lo haría con afán de entregarse a la justicia: se trataba de algo más profundo, tenía que ver consigo mismo, con su propia concepción del destino del hombre.

Y, sin pensarlo dos veces, sin miedo, sin temblor siquiera, arrancando el Buick de color verde con ailerones, condujo con la radio puesta a través de aquellos hermosos kilómetros de distancia roja que lo separaban de su destino.

—¿Y QUÉ VAS a hacer ahora? —le preguntó Benny, mientras, apoyado en la puerta del tráiler, se hurgaba en los dientes con una cerilla. La adolescente no contestó. Se quedó mirándolo, con la bolsa de deporte sobre el hombro. Pensaba en cómo haría, en qué le diría a su hermano cuando lo encontrase. Sonrió. Y Benny aspiró con voluptuosidad el humo del cigarrillo rubio.

UNO SE PREGUNTA a menudo cómo va a ser cuando dé el paso, qué va a ocurrir cuando queme las na- ves. Todos tenemos delante un espejo que proyecta una imagen ignorada de nosotros mismos, son nues- tros dobles invertidos, malditos, más libres. Todos añoramos pasar algún día al otro lado. Pero Michael Astorga no sabía lo que estaba haciendo cuando tras-

pasó la línea. Ahora, mientras mea en una cuneta de alguna carretera secundaria, se dice que habría tenido que presentir algo. Luego, mientras se sube la cremallera, contempla el horizonte, lleno de Uncle sams y Lowe's y Pandas, un paisaje que se le antoja el escenario perfecto de su vida.

VEAN, LA LLEGADA a Burque por el oeste se hace desde arriba, a través de barriadas pobres, aún más pobres de lo que a uno le cabe imaginar, ropavejeros, moteles deslavazados, carritos de la compra llenos de ropa sucia, *lavomaticks*, y luego, ya en Central Avenue, un mendigo sentado sobre su nido de cartones levanta la cabeza e increpa a alguien que pasa y vuelve a descansar todo su peso sobre el suelo frío. Cree que la guerra de Irak es necesaria, que la comida cocinada es un veneno y que es bueno beber la propia orina. Cree también que los números que lo rodean no están diseminados al azar sino que crean complicadas redes de significados y mensajes.

Digamos que las matrículas aparcadas al desgaire ante sus ojos no son más que hermosas variaciones de su fecha de nacimiento, el 4 del 5 del 48, «la clave del significado de todas las cosas», piensa él. Y es que con él empezó el mundo. Y aparece un 49 y luego un 94, y luego un 11, que es el número sagrado del islam, y cientos de veces 66, hasta en la esquina de la calle donde un rótulo anuncia la ruta 66, que de tanto per-

manecer ahí bajo el sol de justicia de Albuquerque se está quedando desgastada como una cora.

Yo, desde la ventana de mi casa en Central, lo miro todo. Estoy sola y me preparo para cenar delante de la tele. Sobre Albuquerque cae uno de esos famosos anocheceres como sudarios. He venido buscando algo, pero no sé lo que es. Estoy sola, fuera del mundo. Tengo la impresión de haber sido sacrificada, en cierto modo.

En la acera de enfrente, Logan, que ayer cumplió veintiocho y se siente viejo, pasa la fregona por enésima vez por delante del Launchpad, derrama sobre el suelo un cubo de agua con jabón y luego, apoyado sobre la luna llena de carteles de grupos de rock, rebusca en sus bolsillos la cajetilla de Marlboro y luego el encendedor y echa una larga primera calada que se expande ante él como arena. Logan levanta la mano y saluda al mendigo de enfrente, aunque el otro no le contesta sino que lo mira mal e incluso masculla *asshole* para sí.

A ESE MENDIGO, que se pasa los días mirando al cielo, contando los aviones de guerra y escribiendo la fórmula del mundo sobre cartones, se le ha metido en la cabeza que los del Launchpad son todos comunistas. Las siete de la tarde y los *lowriders* empiezan a pasar sobre sus bañeras de colores. Los *lowriders* son jinetes mexicanos que han cambiado su caballo

por un carro. Llevan los brazos tatuados con flores y serpientes. Se detienen en el cruce con la calle Quinta y luego con la Sexta, llevan los codos apoyados en las portezuelas tuneadas. Logan se queda mirándolos por debajo de su cachucha y piensa: «Algo va a ocurrir».

Pero nunca ocurre nada; por eso Logan apaga su cigarrillo con el pie y lo mueve de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda. Y vuelve a entrar en el bar, esa caja negra, con una parte de atrás muy grande donde está el escenario, cerrado por dos puertas para impedir que la gente pase bebiendo al espectáculo, por eso de que no tiren botellines a los músicos y esas cosas. Cada día tocan en el Launchpad dos grupos, a veces tres. Pero hoy no, hoy no hay concierto y Logan tiene algo de tiempo para estar solo.

Deja la fregona apoyada contra la puerta y luego pasea por el medio de la sala, echando de vez en cuando una calada con la boca hacia arriba, como si mirase hacia el cielo. Sobre la pared un cartel anuncia las actuaciones de mañana: «Romeo goes to hell», «Coke is better with bourbon», «The fertile crescent».

Logan toma la bayeta húmeda y la pasa por la barra, luego le sube el volumen al estéreo que retransmite un corrido y el corrido resuena extraño entre aquellas paredes acostumbradas al rock, casi como una especie de música extraterrestre.

«¿Qué tendrán estos manitos que están siempre llorando por culpa de sus mujeres?», se pregunta.

Jewelleen, sin embargo, siente algo semejante a la felicidad en la cabina del tráiler, mientras se suceden los fotogramas espasmódicos del atardecer morado. Sabe que todavía está a tiempo de hacerlo todo. El camionero joven la mira con algo que a ella le parece suciedad pero que no le importa.

«La suciedad es aquello de lo que el mundo está hecho», piensa.

OTROS, EN OTRO lugar, también cavilan: por ejemplo, un viejo, en una *roulotte* cerca del campo comunal, se sienta a ver caer la noche, mientras su mujer cocina en un hornillo salchichas de pollo kosher. A ese viejo le llegan de vez en cuando cheques por un libro que escribió hace más de treinta años. Sin embargo, es suficientemente lúcido para saber que aquel libro fue escrito por otra persona. ¿Qué queda en él de aquel joven brioso, violento? El escritor sonríe.

Maruska cocina y el humo impregna las sábanas colgadas. El viejo tiene un cáncer que va engordando en su estómago como un árbol y lo hace parecer pujante y grueso. A veces piensa que es el mundo el que se ha ido a vivir a su barriga. Se recuesta en su silla de plástico y piensa en el *Cantar de los cantares*; a veces también piensa en su casa de entonces, em-

papelada, y en el olor a flores de la madre y en el padre perdido y en los pechos jóvenes de la hermana adolescente. Y le parece estar allí y no ahora, al otro lado del tiempo, dentro de un cadáver *in fieri*, con aquellas zapatillas de felpa que encapsulan sus pies sarmentosos, mientras una mujer gorda a la que casi no reconoce lo llama desde dentro de la caravana con voz de judía polaca.

A veces piensa que, con sólo desearlo, debería ser posible regresar. Con arrepentimiento. Pero él nunca ha sido capaz de ser bueno. Ninguno de sus tres hijos le dirige la palabra desde hace años: nunca les ha dado dinero, nunca ha dejado de verlos como intrusos.

Piensa que quizás eso sea lo único que permanece en él de aquel muchacho: el malhumor, la bilis. Aunque (y eso no tiene solución, pues es lo primero que se va) le falta la sed.

Piensa que por eso ya no escribe. Porque sin sed no es posible escribir. «¡Qué sed la de entonces! —como decía Yeats—. Volver a esos años, pero no con aquella sed de nuevo en mí», decía Yeats. «Sed lancinante», decía el Evangelio.

Y entonces recuerda el mundo tal y como lo concebía en su juventud: picante, pecaminoso, carnal, malo. Y se vio, tal y como era entonces, un pequeño potro dispuesto a enfilear todo lo que se encontrase en su camino sin pausa ni prisa, como si todo se jugase ahí, en esa extraña proximidad con los objetos

que quiere decir: estoy dentro de ti, me perteneces, no hay nada que nos separe, un cuerpo no se cierra y luego empieza otro. No hay división, uno no acaba nunca, el mundo no acaba nunca, es un continuo.

—¿Has pensado alguna vez en la noche?

—Sí. Pero pensar en algo que no conoces en absoluto no sirve para nada.